

ESTANCAMIENTO Y CRISIS INTERNA DE LA BURGUESIA URUGUAYA

por Vivian Trías

La onda larga de bienestar, comenzada en 1897, termina con la primera guerra mundial de redivisión imperialista y con la tremenda crisis postbélica de 1920. Se inicia, así, una onda larga de malestar cuyo fin se indica —en la literatura económica— con un signo de interrogación. Es una época crítica para el capitalismo. La optimista y bien aceiteada maquinaria del período anterior, hace agua por todos lados. El capitalismo en crisis muestra su condición proteica para mantener sus privilegios y salvar los índices de las ganancias. Su expresión más sorprendente y eficaz, en este sentido, es el fascismo.

El formidable crack económico de 1929 es un acontecimiento miliar de este proceso. Trae el nazismo para Alemania, el New Deal —salvavidas del capitalismo y sustituto yanqui del fascismo según Trotsky— para EE. UU., una ola de dictaduras para los países latinoamericanos, etc. En los territorios dependientes se repite el fenómeno. Como en la etapa precedente, la misma imagen se multiplica por el mundo. Pero ya no difunde una sonrisa ilusionada en el progreso infinito de la civilización industrial, sino un rictus agrio de desesperanza y resentimiento. En estos años el Radicalismo argentino es expulsado del poder por la dictadura de Uriburu, el Kuo-ming-tan chino inicia su regresión, la revolución mexicana finaliza su ciclo realizador con la presidencia de Lázaro Cárdenas, el Batllismo uruguayo paraliza su afán creador, etcétera. Son tiempos de regresión para las libertades políticas y de represión para las reivindicaciones obreras. Superestructuras ideológicas basadas en corrientes filosóficas irracionales, en el culto de la fuerza, en el desprecio por el hombre de la calle, en exaltaciones racistas y nacionalistas, discurren por el mundo sus siniestras influencias.

En el Uruguay, la crisis de 1920 perturbó hasta los tuétanos la estructura económico-social del país. En 1919 la balanza comercial arrojó un superavit de \$23.000.000; en 1920 un déficit de casi \$ 52.000.000. Los precios de nuestros productos caen verticalmente. Muchas industrias quiebran; la desocupa-

ción se generaliza; hasta el año 1923 el país pierde \$ 137.000.000, la casi totalidad de lo ganado durante la guerra (\$ 154.000.000).⁴⁵

Como la crisis de 1874, como la de 1890 y como ocurriría con la de 1929, ésta ocupa un lugar de indiscutible significación en nuestra evolución histórica. Señala el climax del debilitamiento batllista ante la oligarquía y acelera su propia descomposición.

Ya hemos visto que la burguesía nacional se componía, en los años de su surgimiento, de sectores heterogéneos y contradictorios. Los períodos de expansión han favorecido su conciliación limando los filos de sus antagonismos intestinos. Pero las crisis han obrado en sentido contrario, constituyéndose en planos de clivaje hacia las escisiones.

La de 1890 puso al descubierto las contradicciones que minaban el primitivo conglomerado y desgajó la oligarquía patricia compuesta por los grandes comerciantes importadores y latifundistas vinculados a los intereses del imperialismo británico. El "empresismo" criollo, como la llamó Batlle. La onda larga de bienestar que se extiende de 1897 hasta 1920, facilitó la concordancia de las fuerzas sociales batllistas. Muy especialmente en el extraordinario auge provocado por la guerra mundial, se hizo posible la "conciliación de clases" y la "paz social". Los grupos más ricos y derechistas consintieron, ante el aluvión de los succulentos beneficios, el avancismo y las concesiones populares propuestas por Batlle y Ordoñez. La misma oligarquía —especialmente los hacendados— debilitaron su resistencia frente al torbellino de los precios récords. Es preciso no olvidar que las grandes conquistas democráticas y sociales del Batllismo, se obtienen en pleno boom bélico. Pero ya con la breve crisis pre-conflicto de 1913, coincide la primera segregación del Partido. Durante la segunda presidencia de Batlle y al iniciar éste la difusión de sus ideas colegialistas —en 1913—, se produce la escisión riverista. El proceso de disgregación continuó acentuándose a medida que el empuje progresista encontraba dificultades más hondas, motivadas por la recesión económica que hacía inadmisibles, para los estamentos de derecha, las concesiones a las clases populares.

La discusión pública del proyecto del Ejecutivo Colegiado lanzado por Batlle, abrió los ojos a la oligarquía sobre el peligro que acechaba a sus privilegios si continuaba aquel impulso reformista. La Presidencia, con grandes facultades, tales como las que acordaba la Constitución de 1830 al titular del Poder Ejecutivo, había sido uno de los más eficaces instrumentos oligarcas. Su supresión amenazaba la columna vertebral de su aparato político. De ahí que abandonara, en este problema, la enfurruñada actitud adoptada ante las reformas sociales y presentara frente unido de agresiva lucha anti-batllista. Blancos y colorados —nuevamente a pesar de las divisas— derrotaron al Batllismo, apoyado por el joven P. Socialista, en el plebiscito del 30 de julio de 1916. La mayoría oligarca de la Constituyente y la mayoría Batllista del Poder Legislativo, conformaban una tensa situación política que tuvo al país al borde de la guerra civil. Finalmente la propicia coyuntura económica —fa-

⁴⁵ E. Acevedo Alvarez, "La gran obra de los Poderes Constitucionales frente a la crisis".

talmente amenazada por la posibilidad de una nueva lucha fratricida— inclinó a gran parte de la oligarquía hacia la transacción y el vivaz ingenio del doctor Duvimioso Terra encontró el expediente jurídico del acuerdo.

A principios de 1918, Batlle ensaya una maniobra de unificación colorada y fracasa. En 1919 —cuando el clima económico comenzaba a intranquilizarse por lo que ocurría en otras naciones— se produce una nueva escisión, la del doctor Feliciano Viera y su grupo. El pretexto, esta vez, es el intento de someter a los gobernantes al control del Partido. En 1920 la Convención Colorada inicia el estudio del programa partidario que ha de incluir algunos de los postulados sostenidos por el sector más progresista.

En 1928 se consuma una nueva escisión, la del señor Julio María Sosa que funda el Partido Colorado por la Tradición. Esta crisis progresiva del coloradismo se realiza con distintos motivos aparentes —anticolegialismo, Agrupación de Gobierno, ambiciones presidenciales—, pero la causa de fondo es el nuevo reagrupamiento de la reacción oligárquica que une a blancos y colorados.

La onda larga recesiva es el motivo substancial de estos hechos políticos. Al substituir a la onda larga de bienestar anterior, suprimió las coordenadas infraestructurales que facilitaron las concesiones a las clases populares y “la paz social”. En la nueva y difícil situación económica, la oligarquía se negaba rotundamente a continuar consintiendo tales avances. Los beneficios peligraban y el inestable equilibrio montado por Batlle se quebró sin remedio.

Las siguientes palabras del doctor Viera desnudan el meollo de las escisiones: “Hasta aquí hemos estado de acuerdo con el señor Batlle. Para el futuro no podemos decir lo mismo, porque no sabemos que quiere Batlle. Es posible que aceptemos de sus ideas todas aquellas que encuadren dentro del programa colorado. Pero lo que es indudable es que no lo acompañaremos en un avancismo a “outrance”. El Partido Colorado no es socialista, ni va al socialismo. A mi juicio, su misión, ahora más que nunca, es conciliar el Capital con el Trabajo”...⁴⁶ Es su célebre alto. Cuando la reacción dice “conciliar”, quiere decir “someter”. Los pequeños industriales de ayer, los modestos comerciantes de la víspera, los doctores progresistas de hacía poco, se van enriqueciendo —la prosperidad de 1919-18 aceleró su enriquecimiento— y sus intereses de clase los sitúan junto a la oligarquía anti-progresista.

El juego de las “minorías decisivas” entra en escena. Los grupos minoritarios y oligárquicos del coloradismo forman frente común, en el C. N. de Administración, con los representantes nacionalistas y frenan al Batllismo. Este, a pesar de ser ampliamente mayoritario dentro del lema Colorado, se ve desplazado del gobierno efectivo en el transcurso de todos estos años. Por otra parte, nunca ha estado el P. Nacional tan cerca de la victoria electoral, como entonces. En 1925 gana las elecciones para Consejeros —al separarse el vierismo del P. Colorado— y en las elecciones presidenciales de 1926 la ventaja colorada es de menos de dos mil votos; el Radicalismo Blanco los cubría con exceso, pero no se acumularon al total de los sufragios nacionalistas porque votó fuera del lema. Los procedimientos del Partido Oficialista no siempre

⁴⁶ Citado por R. Giúdice y E. González Conzi en “Batlle y el Batllismo”.

fueron inmaculados. Los fraudes del vierismo en algunos departamentos eran notorios y los resultados de 1926 se discutieron apasionadamente; no siendo ajena a la resolución confirmatoria del Senado, la presión ejercida por las tropas concentradas en Los Cerrillos. La "cerrillada", como la llamó el doctor Luis Alberto de Herrera. De esta época proviene la expresiva frase de un Jefe Político de Tacuarembó. "Los colorados votan primero, después los blancos... si hay tiempo".

Las energías y el afán de Batlle y sus colaboradores, se vieron prácticamente absorbidos por esta honda crisis interior del Partido. Los acuerdos largamente elaborados y tortuosamente negociados para mantener la unidad partidaria y el poder, la lucha en los dos frentes —correspondientes a las dos divisas— que presentaba la oligarquía, constituyen la obsesión batllista. Las colecciones de "El Día" y "El Ideal" de ese tiempo, lo demuestran cabalmente.

Como no podía ser de otra manera, la obra creadora del Batllismo se paraliza. A excepción del Frigorífico Nacional (impuesto por exigencias imperativas del comercio de carnes) y de ANCAP, nada se agrega a las vastas realizaciones anteriores.

Ante esta situación, una pregunta surge de inmediato. ¿Por qué Batlle no quemó sus naves y se lanzó a la calle en busca del apoyo de las masas para combatir a la oligarquía, prescindiendo del esquema tradicional bipartidario de la política nacional? Varios factores explican el hecho, pero hay uno que resalta por su enorme significación: el propio Batllismo empezaba a palpar su fracaso y sentía los primeros síntomas de su involución.

Pero analicemos el conjunto de los mismos: a) La crisis de 1920 y la lenta e incompleta recuperación posterior colocaron al pueblo en una situación económica muy precaria. La Oficina Nacional del Trabajo calculaba que el costo de la vida para los obreros (matrimonio con dos hijos menores) y tomando como índice 100 al año 1914, había pasado a 128 en 1919, 149 en 1920, 139 en 1921, mejorando levemente en los años posteriores. Para los empleados: 100 en 1914, 144,6 en 1920, 152,9 en 1921, 142 en 1923, 140,5 en 1925, descendiendo, luego, levemente. En 1926 se estimaba que el costo anual de la vida para el hogar obrero, era de \$ 663,05 y para el empleado \$ 960,61. En cambio 15.077 obreros y empleados ganaban menos de \$ 240 anuales; 16.636, de \$ 241 a \$ 360; 29.683, entre \$ 361 y \$ 600.⁴⁷

Vale decir, que los sectores populares no comprobaban en la realidad tangible e insobornable del vivir cotidiano, la promesa exaltada de una sociedad mejor que les había formulado el Batllismo. Sus entusiasmos se enfriaban, empezaban a decrecer. Esto se reflejó, como es lógico, en los resultados electorales y el crecimiento Batllista —que se creyó en un tiempo, sería formidable e incontenible— no cubrió las esperanzas de sus dirigentes. La política económica implantada respetaba la esencia competitiva del régimen capitalista— en cuyas directivas se encuadraba—, y, al margen de todo intento de planificación, no había podido atenuar en lo más mínimo el impacto de la crisis.

b) Algunas de las líneas constructivas y positivas de la revolución burguesa, empezaban a cambiar de signo. Una de ellas es la industrialización. El afán de ganancias de la burguesía la llevó a crear industrias violatorias de las preceptivas técnicas más elementales, y sólo viables a la sombra de un

proteccionismo absurdo que, en rigor, hacia más difícil la vida de las capas más pobres de la sociedad. Por otra parte, el latifundismo había conservado toda su vigencia. El capitalismo industrial no pudo destruirlo. Ello se debió a las causas ya explicadas en el primer capítulo y, además, a algunos factores de orden local.

Entre ellos se cuenta la ausencia de materias primas fundamentales como el carbón, el hierro y el petróleo en nuestro suelo. Esta carencia coloca a la industria nacional en una condición de dependencia rígida e ineludible, con respecto a las grandes metrópolis industriales.

También opera en el mismo sentido, la imposibilidad de ganar mercados exteriores —por su minucioso reparto entre las grandes potencias y por insuficiencias de la producción nacional— para la industria autóctona. Tales mercados juegan un papel medular en el desarrollo capitalista de los países que han cumplido exitosamente todas las etapas de la industrialización.

Lo cierto es que el latifundismo semi-feudal conservó toda su jerarquía en la economía uruguaya y que, expresado políticamente por el P. Nacional combatió el empuje industrialista promovido por el Batllismo.

La oligarquía latifundista era librecambista porque deseaba vender bien sus cueros, carnes y lanas a la City y comprar barato los artículos manufacturados de origen inglés (de mejor calidad que los nuestros).

De ahí su connubio con el imperialismo británico y su oposición al proteccionismo que le encarecía sus compras, dificultaba sus ventas y le quitaba sus trabajadores asimilados por la industria.

Esta, pues, dependía esencialmente del poder político en manos de la burguesía que le dispensaba el amparo necesario para su florecimiento. El estancamiento electoral Batllista y el avance nacionalista, ponían en peligro la misma existencia de la industria nacional.

Ello explica, entre otras cosas, la obsesión del Batllismo por mantener el poder político. Obsesión que lo lleva a concluir los pactos más inverosímiles con el grupo oligarca del coloradismo (handicap de los 17 votos y medio, etc.). Este último sacaba un jugoso provecho de tal situación. Se sostenía en sus intereses merced a la connivencia con la oligarquía nacionalista y medraba en la burocracia y altos cargos gubernativos vendiendo, en el momento oportuno, su circunstancial colaboración política al Batllismo.

Era un juego sucio a dos cartas. Consecuencia de un frágil equilibrio, se mantuvo mientras la situación económica lo permitió. Cuando la depresión de 1929 hechó por tierra los cimientos del mismo, la oligarquía colorada cerró filos con sus compinches blancos.

Esta conducta política entre dos aguas y este medrar desproporcionado a sus fuerzas, le valieron al Riverismo los mote de “rabanitos” (colorados por fuera y blancos por dentro) y “Agrupación de Candidatos”.

Otro hecho que explica esa obsesión por el poder político y que también es signo de la involución de la revolución burguesa, es el crecimiento vertical de la burocracia al socaire de las nuevas concepciones estatales del Batllismo. Muchos hogares dependían, ya, del presupuesto.

El empleo público era un *modus vivendi* que acordaba admirablemente con los valores sociales de las clases medias y, por ende, muy apetecido por

las mismas. Ante el estancamiento electoral apuntado y cada vez con más descaro, la burocracia no se acrecentaba para llenar estrictas necesidades administrativas, sino como inagotable cantera electoral. La corrupción empezaba a corroer, en escala creciente, el aparato político oficial. En esta forma el presupuesto se convirtió en sostén substancial del Batllismo y éste, frente al avance político nacionalista, no podía comprometerlo ligeramente. De ahí que prefiriera suscribir pactos rebuscados, antes que arriesgar semejante herramienta proselitista.

No es de extrañar, pues, que la mengua en el apoyo popular, el drenaje constante de correligionarios hacia los grupos oligárquicos y su propia ideología burguesa, entibiaran el empuje avancista de Batlle. Envuelto en la telaraña de los manejos politiqueros, sumido exclusivamente en la cuestión del poder, tironeado constantemente desde la derecha de su Partido, los fuegos de sus entusiasmos progresistas se fueron apagando.

Este factor no se puede minimizar al estimar el complejo de causas por el cual Batlle no arriesgó la carta decisiva de la batalla popular librada desde el llano.

Su muerte —ocurrida el 20 de octubre de 1929— quitó al sistema inaugurado en 1904, la columna vertebral que lo sostenía. Las limitaciones y los errores de su creador y animador por un cuarto de siglo, se traslucieron con diafanidad. El excesivo personalismo, la dependencia del factor irracional de la divisa, el dirigismo omnímodo que hacía y deshacía candidaturas impidiendo la organización de una auténtica organización política colectiva, etc., aparecieron en todo su vigor negativo.

El divorcio entre las masas y las élites burguesas del Batllismo, se fué acentuando. La lucha de clases —hecho social imperturbable— se despojó de sus atuendos krausistas.

La crisis mundial de 1929 precipitó el proceso disolutivo. Más de 50.000 hombres quedaron sin trabajo, el peso se llegó a cotizar a \$ 0.25 centésimos de su valor nominal. Los precios de las exportaciones se desplomaron. La oligarquía empezó a planear el asalto final. Se constituye el Comité de Vigilancia Económica (llamado del “vintén”) para defender sus intereses. El imperialismo británico apretaba las clavijas. El yanqui comenzaba a mostrar unas uñas bien afiladas. La necesidad de mantener sus privilegios y ganancias, de contener el descontento popular, de abortar las soluciones progresistas, fueron llevando a la oligarquía hacia el motín que ya se insinuaba en la lucha política de los años inmediatos. En tiempos de crisis la burguesía arroja por la borda sus ideas democráticas. La necesidad de un gobierno fuerte comenzó a acuciar a la nuestra y la empujó al contubernio con el latifundismo y al entregamiento al capital extranjero. La inoperancia, la corrupción, el alejamiento de los intereses populares de quienes heredaron la conducción del Batllismo y de sus aliados del momento —la fracción principista del P. Nacional— sembraban la disconformidad en las masas y sobre todo entre las clases medias.

En 1931 la curva de la depresión llega a su ápice. La artillería de la oligarquía reaccionaria se concentra sobre el régimen colegiado —lento, con-

templativo, sin agresividad ni imaginación— transformándolo, ante la conciencia colectiva, en el gran responsable de la crítica situación.

El resultado de todo este conjunto de fuerzas no tardó en concretarse.

El 31 de marzo de 1933 se consuma el golpe de Estado de Gabriel Terra, apoyado, principalmente, en la policía. La “revolución del machete”, lo apodó el doctor Emilio Frugoni. No hubo resistencia popular. La división de 1921 había debilitado considerablemente al sindicalismo y al movimiento político obrero. Sólo el suicidio de Baltasar Brum expresa la protesta de un régimen que caducaba.

Esta es una fecha clave en la historia nacional. Con ella se cierra el ciclo creador y positivo de la revolución burguesa. La tercera etapa de nuestro esquema se ha cumplido.

El desequilibrio histórico —ya explicado— que caracteriza nuestra evolución, es la razón profunda de este proceso. La burguesía no pudo imponer integralmente sus formas económicas al país. Logró, sí, el dominio de su vida política, pero la superestructura democrática no sincronizaban con la infraestructura latifundista y sus definidos contenidos feudales persistentes. Este es el origen de su debilidad. El auge de la onda larga que termina en 1920 disimulaba tales contradicciones. Pero la fase depresiva inaugurada entonces, cambió la perspectiva histórica del país, desnudando el esqueleto desequilibrado y contradictorio de la sociedad oriental. Gradualmente los sectores reaccionarios de la burguesía se fueron comprometiendo con el latifundismo y el imperialismo. Reclamaban un alto en el progresismo, querían convertir la concesión en represión. La oligarquía se fué fortaleciendo y consolidando. Las divisas y las pautas semi-feudales de la estancia, le arrimaron pueblo. En 1933 se produjo el colapso y la democracia se desmoronó.

XII

EL COMPONENTE NACIONALISTA

La revolución de 1870 —según se ha dicho— apresuró la madurez del conflicto entre los componentes “principista” y “popular-caudillista” de los partidos tradicionales. Ello se transparenta con más nitidez en el blanquismo, identificado con la campaña desde la Guerra Grande. Agustín de Vedia es el teórico del principismo blanco que se expresa en “La Democracia”. El 7 de julio de 1872 el Club Nacional aprueba su programa liberal y racionalista. Timoteo Aparicio —jefe carismático del sector popular— manifestaba airado descontento: “absolutistas que creen que sin ellos no hay nada bueno”. Su grupo permanece sin programa, salvo —acota Pivel Devoto—,⁴⁷ el delineado por Oribe: orden, autoridad y nacionalismo. En realidad, ni siquiera eso. Es un conglomerado de hombres vinculados por el carisma y la pasión. Superestructura del feudalismo cerril de la estancia cimarrona. Su nacionalismo —influído por el pasado rosista— es la defensa de lo vernáculo, el estilo crio-

⁴⁷ Eduardo Acevedo. — “Economía política y finanzas”.

llo, el campo abierto y la carne fácil. No reconoce otra autoridad, ni otro orden, que el del caudillo. Malquiere a la ciudad donde reside el anti-campo y de donde vienen las milicias que lo combaten.

La historia ha acumulado odios y emociones profundas en las divisas. La controversia entre blancos y colorados está hecha de episodios con un formidable potencial afectivo: "Quinteros", "la toma de Paysandú", etc.

Esta es la substancia del Partido Blanco. El principismo es cuña de otra madera. Cuando murió Timoteo Aparicio quedó desconcertado y sin norte, hasta que surgió Saravia. Cuando murió Saravia pasó algo similar, pero además, el país se había transformado radicalmente.

El caudillismo guerrero, heroico montaraz, del siglo XIX, ya no era posible. La montonera turbulenta abandona su papel en el escenario de la política nacional. La derrota de 1904, el poder del nuevo Estado, el alambrado, los ferrocarriles, las policías, han herido profundamente al país criollo. Su propio hombre —el gaucho— inicia una metamorfosis sin pausas. Parte de los que quedan en el campo, lo hacen como peones, capataces, esquiladores, alambradores, braceros, asimilados por la nueva economía rural. Ricardo Güiraldes los ha descrito en "Don Segundo Sombra", de acuerdo a la nueva modalidad. "El gaucho visto por el hijo de un patrón de estancia" comentaba un crítico.⁴⁸ También es admirable la semblanza trazada por Javier de Viana en algunos de sus cuentos. Socarrón, retraído, resignado, con los ojos puestos en el buen tiempo desaparecido.

Otros, que también han quedado, se agrupan en los miserables rancheríos de los caminos. Su degradación será gradual y progresiva; la changa, el contrabando, la ratería, el juego, la prostitución, constituyen sus oficios ocasionales. Muchos emigraron a la ciudad. Allí se hacen jornaleros u obreros. Una realidad desconocida se abre a sus conciencias; la máquina, la ciudad, el sindicato, las huelgas. Pero el pretérito irracional, hondamente enclavado en los tuétanos del ser, persiste con una increíble vitalidad. Los retratos de Saravia y de Lamas, las divisas blancas, adornan, ahora, los cuartos de los conventillos.

El nacionalismo ha sido arrancado de cuajo de sus viejos cauces. El naciente país capitalista lo aprieta contra una disyuntiva crucial; adaptarse o morir. Se produce, entonces, su adaptación, su integración, a los ritmos recientes. Esta se cumplirá en varias etapas. En la primera, que lleva al P. Nacional de las cuchillas al civilismo, el forjador del proceso es el doctor Luis Alberto de Herrera.

El abismal vacío dejado por Saravia en la fracción personalista y popular de la comunidad blanca, lo ha de llenar él. Será el primero y único caudillo civilista del Partido. Patricio, oligarca, universitario, soldado de las revoluciones, su destino político parecía ser el del grupo principista. No fué así. Supo llegar a las muchedumbres y expresar sus contenidos afectivos, pero lo hizo para atarlas al carro del latifundismo empresista. Los cintillos, una vez más, le dan otra vuelta de tuerca al cerrojo que oprime y explota a las masas crédulas.

El doctor Herrera no es un ideólogo. Ni siquiera ha estructurado una

⁴⁸ J. Pivel Devoto, "Historia de los Partidos Políticos en el Uruguay".

doctrina conservadora para la oligarquía. Sus puntos de vista, sus soluciones, se irán dibujando bajo la presión de los intereses que lo toman como bandera. Dos líneas concurren hacia él. Una, popular, tradicionalista, emotiva, personalista; es la de las multitudes blancas. La otra, oligárquica, interesada; es la de los grandes estancieros de la Federación Rural. Su actuación está hecha de gestos, de golpes intuitivos, de ademanes sorprendentes y de una actividad incansable que lo lleva a los ranchos más solitarios y apartados de la campaña. En los primeros tiempos aparece sosteniendo un liberalismo que amplía los programas del 72 y del 90. Presenta, con Roxlo, un proyecto de leyes laborales que incluye la jornada de 9 a 10 horas y excluye el salario mínimo. Vota la ley divorcista. Admira a los EE. UU. y se declara partidario de un discreto proteccionismo industrial. Todo ello está contenido en el nuevo programa partidario que, junto con Julián Quintana y Carlos Roxlo, redacta en 1906. Pero, a medida que los sucesos lo van colocando a la cabeza del Partido, sus ideas expresan, cada vez mejor, los intereses del latifundismo vinculado al capital inglés.

En 1910 organiza a la gremial ruralista con sentido político. Les enseña a presionar los poderes públicos en defensa de sus privilegios. Ataca asperamente al proteccionismo Batllista. Combate las leyes obreras y, sobre todo, pone el grito en el cielo cuando se quiere establecer un salario mínimo para los trabajadores rurales. Pide, en varias oportunidades, medidas concernientes a la consolidación de la propiedad territorial y al estímulo de la producción pecuaria. Defiende al catolicismo del "jacobismo rojo". Va a Inglaterra en misión diplomática y allí, brinda por el Imperio y el Rey. En un célebre discurso formula este elogio del capital británico: "Muchos beneficios adeudamos al capital europeo; pero a ninguno tanto como al inglés. Los hombres de negocios británicos tienen el mérito especial de haber creído en el porvenir de nuestras repúblicas, cuando todavía no estábamos organizados. No lo estamos porque seguimos necesitando aquel poderoso concurso que tiene fuerza de palanca".⁴⁹

En cambio condena sin reservas la creciente influencia de Wall Street. En más de una oportunidad se pronuncia lúcidamente contra el imperialismo yanqui. Declarando su neutralismo en la guerra europea: "Empeñosamente trabaja la cancillería norteamericana para obtener la adhesión de países sudamericanos a su política guerrera.

¿Qué razón decorosa darán ellos para acompañarla en la aventura, que a ella le interesa y a nosotros no?

Ayer oía decir a un inteligente hombre de negocios que las conveniencias financieras, la posibilidad de colocar nuevos empréstitos, imponían seguir a los yanquis en su nueva política mundial. Es en verdad doloroso que se relajen tanto los grandes ideales que deben regir el desarrollo de los pueblos, al extremo de subordinarlos a la cotización de los títulos de la bolsa".⁵⁰

Los manes de Juan Manuel de Rosas, por hilos imperceptibles y recónditos, asomaban en Hipólito Yrigoyen y en Luis Alberto de Herrera. Condena la intervención en México. Vota contra la adhesión al pacto Kellog.

⁴⁹ Citado por C. Pintos Diago en "Luis Alberto de Herrera".

Todo este enfoque de los problemas nacionales e internacionales se concreta en el nuevo programa nacionalista aprobado el 18 de julio de 1915.

El liberalismo de 1906 se disipa poco a poco. A esta altura, los dos partidos tradicionales significan intereses encontrados y perspectivas opuestas en la República. Al progresismo Batllista, a su proteccionismo industrial, su liberalismo, su obrerismo, su permeabilidad a la influencia extranjera, su estatismo, su actitud pro-yanqui; se opone el conservadorismo nacionalista, su libre cambismo (tradicional bandera de los hacendados, desde la Revolución de Mayo), su catolicismo, su nacionalismo estrecho, su anti-estatismo y su actitud pro-británica.

Es la única etapa de la historia oriental en que los grandes partidos se manifiestan por una diferenciación real y tangible. El P. Nacional ha encontrado su sitio en la nueva escena política. Su lucha de estos años tiene dos aspectos positivos. El reclamo porfiado de una legislación y una práctica electoral más pura y mayor honradez en la administración pública. Ya el sector principista había visto con claridad que en un porvenir civilista, el Partido no tendría otra vía de acceso al poder que un juego electoral más limpio y una participación más equitativa en el Control de la cosa pública. En las proclamas revolucionarias —desde el 70— estos postulados se venían egitando con vehemencia. Voto secreto, nacionalización del Ejército (servicio militar obligatorio), representación proporcional, etc. Las coordenadas del nuevo Uruguay hicieron impostergables estas conquistas y no se puede restar importancia a la presión nacionalista, en su consagración plasmada en la Constitución de 1917.

Pero lo significativo en la carrera política del doctor Herrera, es su manejo de la línea tradicionalista, popular y caudillista de su Partido. Muerto Saravia, los "Doctores del Directorio" se encontraron con la dirección del nacionalismo en las manos y no supieron que hacer con ella. Vacilantes, divididos (un grupo encabezado por Acevedo Díaz, votó por Batlle para Presidente), no acertaron a encauzar las masas blancas por los nuevos carriles. Proclamaron la abstención y una sórdida e inefectiva oposición palabrera. La dirección del blanquismo se aristocratizaba y era monopolizada por las familias patricias. Las herederas del abolengo colonial y de los repartos de "caballerías" por Cédula Real. Los que después de la Cruzada Libertadora aparecieron reclamando las tierras que habían abandonado y que Oribe contribuyó a que se les devolviera, en perjuicio de los ocupantes pobres.

Herrera peleó denodadamente contra esta situación. Recorrió el campo rancho por rancho, agitó la divisa con habilidad, escribió miles de cartas a los correligionarios retraídos y desilusionados. Sacó la cuestión política de los salones y la arrojó a los caminos. De sus artículos y discursos de entonces, entresacamos estos párrafos: "Hay que sacudir a los dirigentes; hay que mover las ideas y afirmar los ideales; hay que modernizar los procedimientos cívicos; hay que recorrer, sin descanso, el país; hay que escuchar el latido de todas las aspiraciones, aún de las más humildes, perdidas en los confines del territorio; hay que hablar mucho, porfiadamente y claro a las multitu-

des, consolidando en su alma naciente la confianza en el derecho, la fe en el comicio, el amor a la libertad".⁵¹

"Demasiado absurdo tributo hemos pagado a los títulos universitarios que de poco sirven, rémora en vez de alas...".

"Una casta de privilegiados en donde hasta el apellido y los pergaminos de familia eran títulos que se cotizaban para propiciar candidaturas a los cargos representativos. A tal extremo de temeridad se llevó esta tendencia exclusivista, y sin apercibirse aristocrática, que llegó a decirse por intermedio de sus elementos más caracterizados que los miembros del grupo democrático comicio, el amor a la libertad".⁵²

Las familias patricias pertenecían con preferencia al blanquismo que al coloradismo, enriquecido con los inmigrantes de los últimos tiempos. La predominancia de apellidos castizos en sus cuadros dirigentes, lo demuestra. Círculo cerrado, trata al populacho con desprecio y le teme. Los propósitos de Herrera —que encarna esa elemental línea popular— personalista (candombera, la llamaban los principistas del 70) de la historia rioplatense, los llenaron de horror. Era como introducir en el Club Uruguay a los pardos del suburbio o invitar a las tertulias de las matronas a las chinas de los ranchos.

La batalla fué difícil, pero, finalmente, Herrera se empinó en la dirección del Partido. El itinerario de su triunfo está marcado por dos mojones esenciales: su nombramiento por la Convención como Presidente del Directorio, el 30 de mayo de 1920 y su iniciativa de traer a Montevideo los restos de Saravia, llevada a cabo a principios de 1921.

La presidencia del Directorio le permite organizar al Partido sobre bases populares, practicando la "política de puertas abiertas". Sus giras, visitas, discursos, etc., preparan a las masas blancas para el sufragio. La cruzada con las cenizas del caudillo de El Cordobés, significó una remoción profunda, convócula, de las fibras emotivas del pueblo nacionalista. En su obra de historiador, Herrera ha sabido penetrar la médula de las tradiciones blancas, estudiando prolijamente la diabólica conspiración tramada entre Mitre, el gobierno brasileiro, Venancio Flores y la diplomacia inglesa para derrocar a Solano López y a Bernardo Prudencio Berro. Cuatro extensos libros dedicó al tema: "La diplomacia Oriental en el Paraguay", "Buenos Aires, Urquiza y el Uruguay", "La clausura de los ríos" y "El drama del 65".

La agitación popular del cintillo y del pasado heroico de las montoneras, fueron aplicación hábil de sus puntos de vista históricos. Las masas respondieron al reto y su nombre empezó a rodar por los campos, los ranchos y las pulperías. Se le esperaba como a un mesías, era el retorno de Timoteo Aparicio y de Saravia con traje ciudadano. En una ocasión, una anciana se abrió paso entre la multitud y llegó hasta él. Lo miró fijamente y dijo: "Ya lo he visto, ahora puedo morir tranquila".

Los efectos de sus campañas fueron fulminantes; en 1905 el P. Nacional obtuvo 17.000 votos, en 1926, 140.000. El proceso culmina con su candidatura

⁵¹ Citado por C. Pintos Diago en "Luis Alberto de Herrera".

⁵² Citado por C. Pintos Diago en "Luis Alberto de Herrera".

renovada a la Presidencia de la República. Así finaliza la primera etapa de la integración progresiva del nacionalismo al país capitalista.

Veremos, más adelante, como se ha de completar.

En los años críticos de la década de los 30, las ideas del doctor Herrera —como era lógico de esperar de acuerdo a su posición— se contagiaron de sensibles matices fascistas. Su personalismo exclusivista, y, mismo, sus frustradas ambiciones presidenciales, se agudizaron. El conflicto latente con el principismo, reverdeció agrio y recalcitrante. El fracaso electoral en las elecciones de 1930, el pacto de los principistas con el Batllismo para el reparto de posiciones burocráticas (llamado del “chinchulín”), la cooperación prestada por estos al régimen Batllista, la intensificación de la lucha empeñada por la oligarquía, precipitaron la ruptura de 1931.

Herrera se desdijo de sus encomios al Colegiado, consolidó su alianza con las fracciones coloradas reaccionarias y, ocurrido el golpe del 31 de marzo, se declaró “soldado tranquilo” de Gabriel Terra. Una nueva etapa de la asimilación nacionalista al Uruguay capitalista, había cubierto su ciclo.

La campaña emprendida por Herrera contra el sistema caído encontró eco en las masas pauperizadas y en los estancieros descontentos. Él aportó pueblo al cuartelazo. Nunca la divisa blanca había desempeñado su rol entregador, tan sin tapujos, como entonces. Era la expresión del semi-feudalismo latifundista que reclamaba y obtenía un lugar de privilegio para sus intereses.

Dos cosas más hay que agregar a lo dicho.

Los obreros de origen blanco, halagados por el verbalismo demagógico y las promesas del doctor Herrera en un principio, anhelaban —sobre todo después de la crisis del 20— una política que contemplara mejor su nueva situación. Lo anhelaban oscuramente, sin decirlo; bajo la presión impostergable de la necesidad. Algo que aunara —en síntesis audaz y utópica— sus intereses de clase y sus emociones de blancos.

Algunos dirigentes pretendieron crear grupos políticos que se ajustaran a ese vacío. El diputado Andreoli, el doctor Lorenzo Carneli y su Radicalismo Blanco, son ejemplos de esa tentativa. Pero, como la agrupación “Avanzar” en el Batllismo, era intentar encender candela, ahora, en el fondo del mar.

La pervivencia de los contenidos irracionales —superestructuras del latifundio— en la mentalidad colectiva oriental y las nuevas modalidades económicas y políticas del capitalismo, han engendrado una novedosa versión del caudillo. Su paternalismo y su protección ya no se ejercen en los azares de la patriada y en “las casas” de las estancias cimarronas— en trance de desaparición—, sino resolviendo pequeños o importantes problemas del vivir cotidiano.

Otorga empleos, tramita jubilaciones, consigue créditos bancarios, saca de la comisaría al correligionario que ha tenido una riña o una borrachera ruidosa, etc. Es el intermediario entre el pueblo simple, iletrado y el papeleo complejo de la cosa pública. Su arma es el favor. Por él, liga al votante a su persona. Su reinado, sobre todo, se desenvuelve en los pueblos y zonas rurales de la campaña. Blancos y colorados lo cuentan entre los resortes de su maquinaria electoral, pero es entre los primeros, que ha conservado, con menos alteraciones, los elementos simpáticos del viejo estilo.